

Festividad de la Epifanía.—Este nombre de Epifanía no recuerda generalmente mas que la manifestacion de Jesus á los Magos. Pero bajo este nombre, que quiere decir *manifestacion*, y el tiempo bastante notable que se le consagra, comprende la Iglesia todas las manifestaciones, todas las epifanías de Jesucristo que precedieron á su vida pública; la adoracion de los Magos; la huida á Egipto; la manifestacion á la edad de doce años en el Templo; el bautismo en el Jordan y el primer milagro en Canaá.

Basta recordar el Evangelio, para adivinar la parte gloriosa de María en la conmemoracion de estos misterios. Esta parte es la que el Hijo de Dios mismo quiso dar á este seno virginal, predestinándole á ser, no solamente el tabernáculo de su encarnacion, el lecho y el abrevadero de su infancia, sino tambien el trono de sus manifestaciones, el asilo de su proscripcion y el yugo de su larga y oscura obediencia.

Esto es lo que celebra la Iglesia en el tiempo de la Epifanía.

Lo verifica primeramente por los Evangelios que ha colocado en las diferentes Misas de este tiempo. Así, en la víspera de la Epifanía ha puesto el Evangelio en que toma José por aviso del cielo *al Niño y á la Madre*, y se refugia en Egipto; mas adelante, pasado el tiempo de la persecucion, toma de nuevo *al Niño y á la Madre* y viene á habitar á Nazaret; en el dia de la Epifanía, coloca el Evangelio de la venida y entrada de los Magos en Belen, donde encontraron *al Niño con su Madre*, y prosternándose á sus piés, le adoraron; y lo mismo hace la Iglesia á este pasaje del Evangelio, profesando con esta adoracion la permanencia de este misterio en todos los tiempos; en el domingo, en la octava de la Epifanía, coloca el Evangelio de Jesus entre los Doctores, donde *le dice su Madre: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros?* donde despues de la gran respuesta del Hijo de Dios, el Hijo de María vuelve sumiso á Ella y á José, á la morada de Nazaret, y donde le dice que *su Madre conservaba todos estos misterios en su corazon*; en el domingo de la octava de la Epifanía, coloca el Evangelio en que Juan, santificado en el seno materno, á la voz de María, reconoce y muestra al Cordero de

Dios, cuya Oveja es Ella; despues, bautizándole en las aguas del Jordan, vé al Espiritu Santo que habia descendido en María para concebirle, descender sobre él para manifestarlo, y oír la voz del Padre celestial que reivindicaba á este Hijo de que Ella es la Madre; finalmente, en el segundo domingo despues de la Epifanía, coloca el Evangelio de las bodas de Canaá, donde manifiesta María la divina potestad de Jesus, antes de la hora que se habia propuesto, obteniendo de El el primero de todos los milagros, aquel *por el cual creyeron en El sus Discipulos*.

Nada glorifica mas á María que la publicacion litúrgica de estos diversos Evangelios, mostrando y perpetuando la comunidad de la Virgen con Jesus en estos grandes y conmovedores misterios.

El resto de los divinos Oficios corrobora esta intencion litúrgica, celebrando bajo la forma de antífonas, responsorios y lecciones, este ministerio de María, manifestando á Jesus, á los Angeles y á los hombres, bien sea en su divinidad, bien en su humanidad, bien en la union de una y otra. No basta que se haya verificado ya una vez en María y por su santa cooperacion la sublime alianza de Dios con la naturaleza humana, es necesario que se verifique por María la divulgacion y la estension de esta misericordiosa alianza á todos los pueblos, á todos los hombres. Despues de haber dado á luz el gérmen, produce tambien por él la miés; lo siembra en cierto modo en la humanidad; en Juan Bautista, en su visitacion; en los Pastores y los Magos en el Pesebre, en Simeon y Ana en la Presentacion, en los Discipulos y los pueblos de la Judea en Canaá, en los Apóstoles y el mundo entero en el Calvario y en el Cenáculo, y en cada uno de nosotros en lo alto de los cielos.

Este gran ministerio de María, manifestando, produciendo su Hijo en el mundo, se halla espuesto especialmente á nuestro culto en las *Lecciones* sacadas del Papa San Leon, que están en los *Maitines* del domingo en la octava de la Epifanía.

Lo que salva á los impíos y hace santos de los pecadores,

dice este gran Papa, es la creencia de que se reconcentran en el solo y mismo Señor Jesus, la verdadera divinidad y la verdadera humanidad; y esta creencia tiene su grande y providencial testimonio en la solemne conmemoracion de las adoraciones que recibió nuestro Salvador en su infancia.

Despues, á esta respuesta de Jesus á su Madre al encontrarle entre los Doctores: *¿No sabiais que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?* continúa la Leccion de nuestro Oficio:

En Cristo hay dos generaciones; una paterna y otra materna. La paterna, divina; la materna descendida al alcance de nuestro entendimiento y de nuestras costumbres. En otra parte (en las bodas de Canaá) su Madre le impulsara á su divino ministerio; aquí, vuelve á cogerlo y exige de El lo que es propio de su humanidad. Pero como aquí no tiene mas que doce años, y allí tendrá discípulos, vereis á la Madre instruida en la escuela del Hijo, no exigir de El en la edad del hombre la sumision de este Hijo cuyo prodigio en la edad infantil admira.

Así, despues de haber mostrado la liturgia á María concibiendo, dando á luz y amamantando á Jesus, nos la hace venerar en union con El en la adoracion de los Magos, en la persecucion de Herodes, en la sumision que Ella exige y que obtiene de este divino Hijo á la edad de doce años, á pesar de la manifestacion de su saber en el Templo y en la carrera de prodigios en que le hace entrar en las bodas de Canaá, á pesar de la oscuridad de su vida fabril en Nazaret. Todo cuanto hemos admirado en la *Virgen María segun el Evangelio*, se consagra tambien y se canta en la celebracion litúrgica de estos misterios de nuestra fé.

Tal es la liturgia del tiempo de Natividad. Ella comprende, además, la festividad de la *Presentacion*; pero como esta festividad entra en la de la *Purificacion* de la Santísima Virgen, la reservamos para el estudio de las festividades propias de Ella y continuamos con la de la SEPTUAGÉSIMA.

Pero antes de concluir, no obstante, respecto del tiempo de Natividad, debemos decir una palabra en respuesta á una susceptibilidad que ha suscitado, que puede suscitar todavía

el estilo litúrgico de la Iglesia, en las alabanzas que dirige á la Santísima Virgen con motivo de los misterios de su concepcion y de su parto.

Toda la grandeza, toda la gloria de María se funda en un solo prodigio realizado en su seno, por consecuencia de la incomparable santidad de su alma y de la operacion del Espíritu Creador que atraído por esta santidad, fecundizó su carne. Este prodigio, sobre el que gira todo el Cristianismo, es el prodigio de una concepcion divina y de un parto virginal. María es Virgen, es *intacta*, antes del parto, en el parto y despues del parto, es Virgen-Madre y Madre-Virgen. De aquí, el empleo enevitable y multiplicado en las alabanzas que se le dirigen, de alusiones y de espresiones que en cualquiera otra parte serian tan inconvenientes cuanto son castas y santas con tal motivo.

Ha habido, no obstante, ingenios en el último siglo bastante rigoristas ó corrompidos, segun se vé, para escandalizarse de este lenguaje, y para hallar en él un pretexto para borrar en el nuevo *Parisiense* las mas bellas y antiguas alabanzas que tributó el mundo cristiano á María. Esta susceptibilidad, que acusa en el grado mas alto la aberracion de la secta y la inmoralidad del tiempo que han osado manifestarla, ha encontrado en nuestros dias una respuesta digna de ella.

Un libro, vomitado por un odio satánico contra Jesucristo, y cuya ciega impiedad prueba á cada palabra el objeto de sus ataques, la última obra de Mr. Proudhon, titulada: *De la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia*, contiene algunas páginas de lúcido intervalo de una admirable superioridad de gusto.

A propósito, precisamente del lenguaje católico relativo al misterio de la concupiscencia, que tiene su contagioso asiento en el acto generador, y que ha debido encontrar su antidoto en una concepcion inmaculada y en un parto virginal, cita Proudhon una página de un sermón de Bossuet *sobre la festividad de la Concepcion de la Santísima Virgen*, en que el gran Obispo habla solo el lenguaje de la Iglesia. Proudhon no participa de la doctrina, como es de suponer, pero

no por esto es su apreciacion de aquel estilo menos franca y concluyente, cuando añade:

«¿Qué alma de lodo podria escandalizarse de semejante lenguaje? Bossuet es tan casto como sublime cuando habla del amor y de cuanto se refiere á él. Solo puede compararse con Milton. ¿No es bello al par que noble, haber sabido por la fuerza del misticismo hacer olvidar el sentido material de las palabras, y no hacer pensar mas que en el sentimiento? Nuestros novelistas hacen justamente lo contrario; bajo palabras honestas, su talento y su objeto es hacer pensar en las cosas que menos lo son. Buscad en todas las literaturas del mundo algo que se asemeje á este otro pasaje.»

Proudhon cita otro pasaje del mismo sermón, en el que Bossuet opina y concluye como Pio IX y toda la Iglesia acababan de establecer, dice Proudhon, es decir, en el que profesa la Concepcion Inmaculada de María, fundándose en lo que pasó de divino y de virginal en la concepcion y el nacimiento de Jesus.

«En cuanto á mí, dice en seguida Proudhon, yo me prosterno ante ese estilo, yo adoro esa pureza incomparable. Ese contraste de la inocencia inocente y santa descansando en un trono maculado; esa serie de prerogativas virginales de que se compone la vida de la mujer modelo, y que no podria principiar en la mancha de concepciones vulgares; esas imágenes de templo, de tabernáculo, de lecho nupcial, de maternidad, todo esto me arrebata.... (1)»

Pues bien; todo esto es estilo litúrgico, ese estilo católico que eleva así Bossuet, que eleva así Corneille, cuando en un casto arranque canta con la Iglesia:

Ese gran Rey, á quien de la natura
Sirven las dos antorchas luminosas,
De un seno que embellece y purifica
Gracia divina con sus suaves olas,
Es la santa hinchazon y el sacro peso.

(1) Tomo III, pág. 304 y 305.

El gusto solo, haciendo abstraccion del sentido moral y del sentido cristiano, basta para indicar esto. Pero el gusto se habia disecado al soplo árido del jansenismo, tanto como se habia corrompido al soplo pestifero del materialismo, y no era dado al siglo de los Quesnel y de los Boucher comprender las inspiraciones de los siglos de Adán, de San Víctor y de Rafael.

Añadiré una sola reflexion importante.

Las imágenes y las espresiones que se evitarian en cualquier otro asunto, no son de una pureza incomparable, en lo concerniente á la Santísima Virgen y á los misterios de que fué angélico Tabernáculo, sino por efecto de estos mismos divinos misterios. Conocida esta pureza en el lenguaje, es tambien un testimonio, aun entre los mas incrédulos, de lo que se verifica en el fondo del dogma cuando se llega á él. Lo que se verifica en la imaginacion y en el gusto, no es mas que un resplandor de lo que se opera en el sentido y en el corazón, y aun en estos, no es lo bello mas que el esplendor de lo verdadero, de lo santo.

SEPTUAGÉSIMA.

Hemos mostrado la parte que se refiere á la Santísima Virgen en las festividades de Nuestro Señor, de los tiempos del Adviento y de Natividad, y hemos visto cuán importante es. No lo es menos respecto de los demás tiempos del Año litúrgico, solamente que se encuentra en ellos mas confundida; así que tendremos menos riquezas que esplotar en lo que vá á seguir. No debe verse en ello una disminucion de esta comunidad litúrgica de María con Jesucristo; porque no siendo todos los misterios de la Vida penitente, de la Pasion, de la Resurreccion, de la Ascension, de la Presencia sacramental de Nuestro Señor, mas que el cumplimiento de los fines de la Encarnacion, la parte que tiene María en la Encarnacion la tiene tambien en los demás misterios que se refieren á esta. Quitese á Jesucristo su estado de Hijo de María, hágase abstraccion de su Encarnacion, y se quitará, y se perderá todo el sentido, todo el fruto de su vida, de su muerte, de su reino y de su presencia. El Hijo de Dios opera todos estos misterios de

nuestra salvacion, en cuanto que es *Hijo del Hombre, nacido de María*. En ellos debe verse, pues, á María como la hemos visto una vez, en la misma relacion de vida con su divino Hijo. Pero la Iglesia no nos dejará todo el cuidado de sacar esta consecuencia, sino que se complacerá á porfia en hacerla resaltar con términos recordatorios que, refiriéndose á todo cuanto ha preconizado en María en lo precedente, se la atribuya tambien en lo que de ello se deduce.

Esto es lo que vamos á ver.

En este tiempo de la SEPTUAGÉSIMA que sigue al de Natividad, y que precede al de Cuaresma, del que es preparatoria, vuelve á continuar la Iglesia la historia de nuestra raza decaída; no ya como en el Adviento, para regocijarnos con la promesa de un libertador, sino, habiendo venido ya este libertador, para llevarnos á participar de su potestad, y á asociarnos á su Pasion y á su muerte libertadora.

Ahora bien; allí, á la cabeza de esta lamentable historia de nuestro decaimiento, entre la catástrofe primitiva que nos sumergió en él, aparece de nuevo María en nuestra liturgia. Abrese esta, en efecto, con la antigua profecía: «Entonces dijo Dios á la serpiente: Pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu semilla y su semilla; ella te quebrantará la cabeza, y tú pondrás aschanzas contra su calcañar.» Con el recuerdo de esta profética dominacion de María sobre la serpiente, inaugura la Iglesia en la liturgia de este tiempo de penitencia la lucha á que nos convida siguiendo los pasos de nuestro Dios.

La Santísima Virgen no es pues estraña á estos nuevos misterios, ó no tiene en ellos solamente una parte indirecta. No ha agotado su tarea dando al mundo al vencedor, manteniéndolo, educándolo, manifestándolo para la victoria, sino que debe seguirle en el combate. Ella debe recibir y llevar los mismos golpes que él: porque las *enemistades*, todas las enemistades que se anuncian entre la serpiente y la semilla de la mujer, están igualmente anunciadas entre la serpiente y la misma mujer: *Inter te et mulierem*. Por esto la mujer, María, tomará parte eternamente en los combates de Jesucristo, en sus victorias y en nuestra liberacion.

Así en todas las misas de este tiempo y del de Cuaresma, que es su continuacion, coloca la Iglesia dos *colectas*; la primera en que pide á Dios que nos libre de los males que nos han atraído nuestros pecados, por Jesucristo Señor Nuestro: la segunda en que pide la misma liberacion por intercesion de María y de los Santos, de *la mujer y de su semilla*.

Aquí se manifiesta suficientemente la intencion litúrgica de la Iglesia, en lo concerniente á la Santísima Virgen, centrándose sobre todo el tiempo de penitencia, que se abre con la Septuagésima y que se cierra con la Pasion y muerte del Redentor. No obstante, si se quiere ver esta intencion mas esplicita y mas pronunciada, se la encontrará en este bello coro que hace oír la liturgia griega durante este tiempo, y de que entresacamos aquí algunas estancias:

Despiértate, alma desgraciada, llora hoy por tus acciones; ven á repasar la memoria de esa desgracia que hizo aparecer tu desnudez en el Eden, en el dia que te viste privada de las delicias y de los regocijos eternos de esta mansion.

Creador de todas las cosas, vos plantásteis en la munificencia de vuestra bondad un jardin delicioso en el Eden, y me mandásteis gozar de sus frutos tan bellos y agradables, y que no debian pasarse jamás.

¡Oh alma mia infortunada! tú habias recibido de Dios la facultad de gozar de los deleites del Eden, con la condicion de no comer del fruto prohibido de la ciencia. ¿Por qué violaste la ley de Dios?

(Virgen, Madre de Dios, hija de Adan por la sangre, pero Madre de Cristo Dios por la gracia, volvedme á llamar al Eden, de donde fui espulsada.)

La serpiente engañadora, envidiosa de mi gloria, murmuró la falacia y el engaño á los oídos de Eva; yo tambien he sido engañada; ¡ay! y héme aquí desterrada de la mansion de vida.

Yo he tendido mi mano temeraria y probado el fruto de la ciencia, que Dios me prohibió ni siquiera tocar, y al punto y súbitamente, presa de la mas cruel angustia, he perdido la gloria divina.

¡Oh alma mia infortunada! ¿cómo no presentiste el engaño? ¿cómo no adivinaste el fraude y la envidia del enemigo? Pero nó, tu espíritu se anubló, y olvidaste el mandato de tu Autor.

(¡Oh esperanza mia! ¡oh proteccion mia! ¡Virgen Augusta! vos que sola pudisteis velar la desnudez de Adan, caido en el pecado por vuestro parto maravilloso, vos, ¡oh purisima! envolvedme con un vestido incorruptible.)

Yo miserable, yo fui colmado de honor por vos, Señor, en el Eden. ¡Ay! ¿Cómo me deja inducir en error? Víctima de la envidia de Satanás, merecí ser arrojado de vuestra presencia.

Coro de Angeles, árboles del Paraiso que haceis su gloria, umbrosas arboledas plantadas por mano de Dios, llorad sobre mí, á quien separó de vos un indigno engaño y arrojó lejos de Dios.

Verdes llanuras, umbrosas arboledas plantadas por mano de Dios, vosotras que sois las delicias de este jardin, que derramen vuestras hojas lágrimas sobre mí, que estoy desnudo y privado de la gloria de Dios.

(Santa y poderosa Princesa que habeis abierto á todos los fieles las puertas del Paraiso, que nos cerró la desobediencia de Adan, bajad ante mí las barreras de la misericordia.)

Sentóse Adan, y vuelto hácia el jardin de delicias, se entregó á su llanto, y poniendo la mano en sus ojos, decia: Oh Misericordioso, tened piedad de mí que he caido.

Adan miró al Angel que le arrojaba y que cerraba las puertas del jardin divino, y prorumpió en sollozos violentos, diciendo: Oh Misericordioso, tened piedad de mí que he caido.

Lamenta, oh Paraiso, lamenta la suerte del que fué tu señor, y que ahora se halla reducido á la miseria. Que el ruido de tu hojarasca suplique al Criador que no te cierre para siempre. Oh Misericordioso, ten piedad de mí que he caido.

(Madre de Dios, libre de toda mancha, nosotros los fieles celebramos el trono místico de vuestra gloria; dignaos, oh purisima, prepararme para los goces del Paraiso, á mí que he tenido parte en la caida.)

Rey de los siglos, Señor de todas las cosas, que me habeis creado por vuestra voluntad; la envidia de la serpiente me perdió, y provocó contra mí vuestra cólera, oh Salvador, no me desdeñeis, oh Dios, y volvedme á llamar.

¡Ay! en lugar de la gloria que me cubria, no tengo mas que un vestido de ignominia. Lloro, oh Salvador, sobre mi desastre, y clamo hácia vos con fé. Buen Dios, no me desdeñeis, y volvedme á llamar.

Yo era dueño de las serpientes y de los demás animales. ¿Cómo, oh Adan, conversaste familiarmente con la serpiente tan

funesta á las almas? ¿Por qué tomaste tu enemigo por un consejero lleno de interés por tí? ¡Oh! ¡qué error ha sido el tuyo, alma mia infortunada!

(Nosotros os cantamos, oh María, llena de la gracia de Dios, espléndido tabernáculo de la divina Encarnacion. Iluminadme á mí que soy presa de las tinieblas vergonzosas de mis pasiones, vos que sois la fuente de misericordia, la esperanza de todos los que abandonó la esperanza.)

Despues, vá prolongándose el coro aun en solos, en lamentaciones y en invocaciones de la misericordia de Cristo y de la intercesion de su Santa Madre, y termina así:

Yo confio en vuestra gran misericordia, ¡oh Cristo Salvador! y en la sangre de vuestro divino costado, por la que santificásteis la naturaleza humana, volviendo á abrir, para los que os sirven, oh Dios lleno de bondad, las puertas del Paraiso, cerradas hasta entonces á Adan.

(Puerta de la vida, Puerta inaccesible y espiritual, Virgen Madre de Dios, libre del yugo del hombre, abridme con vuestras oraciones las puertas del Paraiso, cerradas en otro tiempo, á fin de que os tribute gloria, como á la que fué mi auxilio y mi seguro refugio despues de Dios.)

En este bello coro de la liturgia griega vuelve á encontrarse la inspiracion ya tan religiosa que respira en los coros de la tragedia antigua: es el mismo genio, y por decirlo así, la misma musa, pero transfigurada en la luz de esta gran tragedia de la caida y de la reparacion de todo el género humano, algunos de cuyos resplandores tradicionales ó proféticos recogió Esquilo en su *Prometeo encadenado y liberado*.

LA CUARESMA.

La Cuaresma es para la muerte del Redentor lo que es el Adviento para su nacimiento; es una carrera de preparacion á este gran misterio de nuestra salvacion en el camino que vá á parar á él. La Cuaresma debe pues considerarse bajo el punto de vista de *la Pasion*.

Ahora bien; *la Pasion* de Nuestro Señor, es al mismo